

CAPÍTULO I



Casi era de noche. Los coches, cruzándose veloces como lanzaderas de un telar por la carretera principal que unía dos pueblos separados quince millas, ya llevaban las luces encendidas. Cada poco, las verjas del Priorato de Saunby se iluminaban. Cada poco, a izquierda o derecha, el anochecer invernal parecía atravesado por afiladas agujas de luz que, lanzando ráfagas deslumbrantes, revelaban la vieja verja de la entrada, como si fuera una aparición nocturna y, al pasar, desapareciera.

Las verjas de la entrada se iluminaban de tanto en tanto, pero el Priorato, que se encontraba a más de una milla en el interior de la propiedad, aún se mantenía en la oscuridad. A cualquier extraño le habría parecido que estaba desierto. Se erguía como una mole oscura, con un frío resplandor de agua al lado y un frío resplandor en el cristal de las ventanas cuando las nubes se desplazan en el cielo. La fachada occidental del Priorato, construida en el siglo XIII para servir a Dios y a los pobres, se elevaba por encima de la mansión que se había construido al lado con las ruinas de la antigua construcción religiosa, con sus mismísimas piedras. Y como no se veía luz en ninguna ventana, el extraño que visitara Saunby en ese momento habría llegado a la conclusión de que la casa estaba vacía.

Pero se habría equivocado. Había mucha gente en su interior.

En la parte alta de la casa, en lo que todavía se conocía como «las dependencias infantiles», aunque sus ocupantes ya habían

superado esa edad en diez años o más, dos chicas estudiaban minuciosamente el patrón de un vestido extendido en el suelo. Se movían a gatas entre los trozos de papel, colocándolos y juntándolos con absoluta seriedad mientras el pelo corto les caía sobre los ojos. En la habitación, el resplandor rojo de la chimenea se imponía a las últimas luces blancas del día que entraban por las ventanas.

Christine tiró las tijeras enfadada.

—No está bien —dijo—. No lo entiendo.

—¿Dónde está padre? —preguntó Penelope furiosa.

Se quedaron sentadas en el suelo, esperando. Christine, con las piernas cruzadas, levantó la mirada hacia el cielo, a pesar de aquel arrebató de enfado, y permaneció tranquila con la mente en blanco. Penelope, recostada hacia atrás y apoyada en las manos, silbaba.

Tres plantas más abajo, en el salón, su tía Victoria estaba sentada en la penumbra, y solo aquellas medias blancas revelaban su presencia.

En sus dependencias particulares, tras la puerta de paño verde, los criados holgazaneaban en torno a la chimenea. Tenían la excusa —si la hubieran necesitado— de que no había luz suficiente y no veían para poder hacer nada. Pero no necesitaban excusas en Saunby. Nadie les exigía nada.

Toda la casa esperaba al mayor Marwood y, con él, la luz.

La planta eléctrica estaba vieja y obsoleta.¹ Estaba en las últimas, pero tenían que apañarse con ella, porque, como señalaba con frecuencia el mayor, no podía permitirse el lujo de cambiarla. Había que aprovecharla todo lo posible, tales eran sus órdenes. Como era muy austero en lo que no afectara directamente a su

¹ Algunos detalles domésticos (como la tradicional puerta de paño verde que separaba las estancias señoriales de las estancias de los criados, o la planta eléctrica —en realidad, un banco de baterías situado en un cobertizo anejo—) eran característicos de las viejas mansiones británicas a principios del siglo xx. (*N. del T., como todas las demás*).

comodidad particular, la casa tenía que esperar a que el señor la necesitara para que por fin se diera la luz.

Ahora se estaba aproximando a la casa por el paseo de los olmos. Mientras avanzaba bajo los viejos árboles daba furiosos golpes a la nada con su bastón. Rough, su golden retriever, iba pisándole los talones, con la precaución de no molestarlo. Adivinaba de qué talante estaba su amo.

A medio camino, por el paseo, el mayor se detuvo para echarle un vistazo al campo de críquet, que se extendía a su izquierda. Vacío, con el pequeño pabellón negro empapado por la lluvia y con las contraventanas cerradas, era una imagen típica del invierno en Saunby, y él odiaba el invierno. Le habría gustado culpar a alguien por la existencia del invierno. Y por el hecho de que los Spencer, en la Granja de Arriba, estuvieran molestándolo otra vez a cuenta de las verjas de la entrada, y Wilkinson no hiciera más que recordarle que su techo tenía goteras.

Todo el mundo quería cosas, constantemente. «Siempre queriendo cosas», repitió en voz alta, porque solía hablar consigo mismo en voz alta. «Aunque», añadió, «¿cómo demonios tienen el cuajo de pedirme que gaste dinero en reparaciones con la mísera renta que pagan...?».

Golpeó con el bastón un árbol caído, sin corteza, blanqueado como un hueso, y lo hizo con tanta violencia que Rough se asustó, pero se mantuvo firme. Ah, los alquileres. Cuando se hizo cargo de Saunby ingresaba dos libras por acre; ahora ganaba diez chelines.

Se ponía enfermo solo de pensarlo. Siguió caminando. Cuando heredó Saunby pensaba que le había sonreído la fortuna, pero se equivocó. Por muy bonito que fuera y por muy orgulloso que estuviera de ser su propietario, ahora pensaba que ojalá nunca se hubiera quedado con la propiedad. Ojalá, maldita sea, nunca hubiera dejado el ejército.

Tenía este pensamiento todos los inviernos. En verano estaba demasiado ocupado con el críquet como para pensar en ninguna

otra cosa. Pero ahora era invierno y estaba tan sumido en la depresión que no era capaz de recordar que el verano también regresaría.

De repente, decidió no seguir por el paseo de los olmos, sino atajar por el campo y llegar a la casa lo más rápido posible: a su salón, a su chimenea, a su té y al *Times*. Pensar en todo aquello lo animó a darse prisa. Cruzó el campo de críquet hasta que llegó a una cancela que había en el seto de tejo, y pasó junto a los viejos tallos de coles de Bruselas, pelados y secos, que eran todo lo que quedaba del huerto doméstico; dejó atrás los invernaderos empañados por el frío y el abandono, y cogió un camino que lo condujo a la pequeña explanada circular de grava arenosa que había delante de la entrada principal de la casa.

—A la perrera —le ordenó brevemente a Rough, y Rough se encaminó sumiso y obediente al patio de las caballerizas y se metió en su caseta.

El mayor abrió la puerta y buscó a tientas los interruptores.

Una sola bombilla se fue iluminando muy despacio en el vestíbulo, revelando unos muros de piedra en los que colgaban pieles de leopardos, leones y tigres, y repletos de cabezas disecadas, cuernos, colmillos, mandíbulas, colas y zarpas de otros animales. Todos estaban grises de polvo, y las cabezas de búfalo, arriba del todo, tenían barbas de telas de araña, además de las propias. Había un enorme colmillo de elefante en una mesa llena de basura, como si lo hubieran abandonado allí, y a su lado, en una maceta, había un lirio con los bordes marrones que luchaba por sobrevivir.

El mayor Marwood tiró el sombrero encima de un arcón, donde fue a reunirse con otro montón de sombreros, todos suyos, y cruzó el vestíbulo para ir directamente a la chimenea. Pero cuando llegó a su despacho, se detuvo en el umbral. La chimenea no estaba encendida. Se quedó mirando el lugar donde debería haber un buen fuego y sus ojos brillaron de ira.

—Maldita sea —refunfuñó—. Maldita sea, esto es el colmo.

¿Por qué demonios Victoria no estaba atenta a estas cosas? ¿Por qué era incapaz de comprobar que los criados hicieran su trabajo? La casa estaba llena de criados, pero estaba hecha una pocilga, la comida era asquerosa, se le indigestaba cada vez que comía, y ahora que llegaba helado y con el frío metido en los huesos, y con una depresión mortal, ¡la chimenea estaba apagada!

En dos zancadas alcanzó la campanilla. Y tiró de la cinta con tal violencia que cuando la soltó, el pomo de cerámica blanca salió volando. El mayor dejó que rodara por el suelo. Ni siquiera lo miró. Estaba con la mirada clavada en la puerta, con sus delicadas manos en jarras a la cintura, y esperó.

—Se van a enterar ahora —se juró a sí mismo.



La señorita Victoria, ajena a la crisis, llamó para que le llevaran el té al salón. En un momento dado había pensado subir a tomar el té con las niñas, pero la costumbre y el placer que siempre sentía estando a solas la hicieron decidirse por la opción de quedarse donde estaba. Además, estaba pensando en un cuadro y no quería que la inspiración se esfumara con la conversación.

Había decidido rehacer el paisaje tormentoso marino que había pintado en Cornualles durante el verano y poner un barco en el centro. Era lo que necesitaba el cuadro. Un punto de interés humano.

—Una barquita —dijo la señorita Victoria, mordiendo una galleta—. Balanceándose sobre las olas. Todo el conjunto bastante oscuro. Las sombras de la noche se ciernen sobre el paisaje. Y en la proa, un farol... un sencillo punto de rojo intenso y amarillo anaranjado. Y lo titularé: *Guíame, luz protectora*.²

² *Lead, Kindly Light* (1833) es uno de los himnos más famosos del teólogo y poeta inglés John Henry Newman (1801-1890).

Era una noble idea, pensó, y sus ojos se humedecieron de emoción mientras cogía otra galleta. Los ojos de Victoria se humedecían por sus cuadros, pero solo por eso y nada más.

Cuando su hermano se quejaba por su manera de llevar la casa, Victoria le recordaba que ella era una artista.

—Soy una artista —decía con gran dignidad—. No me importan las cosas materiales.

Sin embargo, tenía un apetito enorme e indiscriminado. Podía comer grandes cantidades de casi cualquier cosa. Ahora se encontraba sentada bajo el cono de luz que proyectaba la lámpara de pie que tenía al lado: era una figura corpulenta, con una chaqueta sin forma, falda y medias blancas. Sus sobrinas siempre se desconcertaban ante las medias de su tía. Poco importaba el color que tuvieran cuando las comprara: tarde o temprano acababan siendo blancas.

Aunque no había salido y no pensaba salir, la señorita Marwood llevaba sombrero. Generalmente llevaba sombrero cuando no estaba en la cama, salvo a la hora de cenar, pero entonces se colocaba un turbante de colores en la cabeza. Tenía poco pelo en la coronilla. Las chicas se preguntaban si llevaba sombrero porque se estaba quedando calva o si estaba quedándose calva por llevar siempre sombrero.

Aparte de la posible susceptibilidad sobre su calvicie, la señorita Marwood se mostraba indiferente a la opinión que de ella pudieran tener los demás.

Pintaba óleos. Y no con la delicadeza propia de una dama soltera de cincuenta y tres años, sino con violencia y torpeza. En sus cuadros no había ni fondo ni primer plano: todo se encontraba en el mismo plano sin ninguna profundidad, sin omitir ningún detalle. Sus paisajes eran batiburrillos: añadía o quitaba lo que se le ocurría, como árboles sin sombras y sombras sin árboles, humo que volaba hacia un lado y ropa que ondeaba hacia el otro, de modo que el espectador acababa molesto porque pasaba mucho

más tiempo del deseable intentando averiguar exactamente qué pasaba en aquellos cuadros. Las imágenes de los cuadros bien podrían haberse publicado en las secciones de concursos de las revistas infantiles en las que se dan premios a aquellos que consigan descubrir dónde están los errores.

En cualquier caso, la señorita Marwood estaba encantada con su obra, y poco importaba las críticas que recibiera: ella seguía encantada. Atribuía las críticas negativas a la ignorancia y, sencillamente, se reía de ellas. Las críticas medianas o ambiguas se las tomaba como comentarios favorables.

—Dijo que mis cuadros tenían una personalidad muy singular. ¿No os parece fabuloso? —les decía a sus sobrinas—. Muy halagador, ¿verdad?

—No sé —contestaba Christine—. Depende de cómo se considere esa personalidad, supongo.

—Por su manera de hablar —dijo la señorita Marwood con frialdad—, puedo decir que pensaba que mis cuadros eran excelentes.

—Bueno —aceptó Christine educadamente. Pero luego le comentó a su hermana Penelope—: ¡Qué ocurrencia tan genial! ¡Una personalidad muy singular! Eso lo podría haber dicho Talleyrand.³ Ojalá se me ocurrieran cosas así a mí.

Había una colección de *bon mots*, citas y ocurrencias ingeniosas en un viejo manual, en las estanterías del cuarto infantil, y basándose en aquel libro, Christine había desarrollado su admiración por Talleyrand.

Las buhardillas y desvanes de Saunby estaban atestados con lienzos de la señorita Marwood, aunque los regalaba con gran generosidad en las fiestas de los representantes conservadores,

³ El político y diplomático francés Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838) fue famoso por su ambigüedad calculada, su diplomacia equívoca y su habilidad para formular frases que parecían decir al mismo tiempo una cosa y la contraria.

en mercadillos a beneficio de la Enfermería Comunitaria, en rastillos solidarios para el Instituto de la Mujer y sitios así. También vendía algún cuadro de vez en cuando a las mujeres de los granjeros. A ellas les gustaban los cuadros que pintaba de sus granjas y le pagaban por ellos cinco chelines, a veces diez.

Al mayor le repugnaba que su hermana tuviera que conseguir dinero de los arrendatarios, pero ella le dijo que le gustaba ganar dinero honradamente y que la gente solo valora aquello por lo que paga. Además, ¿qué eran diez chelines por uno de sus cuadros? Esa cantidad no era ni la décima parte de su verdadero valor. Se indignaba con su hermano. Pero ¿qué se podía esperar de una persona cuyos únicos intereses son la guerra y el críquet?, pensaba. Desde luego, no se podía esperar que apreciara el arte.

La señorita Victoria cogió un gran trozo de tarta que recordaba a un volcán extinto, chamuscado, con la costra agrietada, elevado por los lados y hundido en el centro, y, tras la erupción, cubierto de multitud de cenizas que en otro tiempo fueron pasas. Se arrellanó para sentirse más cómoda en su sillón y extendió las piernas con sus medias blancas.

—*Guíame, luz protectora* —murmuró—. Precioso.



En su despacho, el mayor Marwood se acomodó frente a la chimenea recién encendida, observando con una mezcla de rabia y resignación a la criada que manipulaba de mala manera una mesita plegable para disponer el té. Sufría en silencio porque no había sido capaz de desahogar su ira cuando la chica respondió a su llamada y se presentó en el despacho. Era evidente que era nueva y que le tenía un miedo atroz, así que, después del primer bufido, había decidido contenerse y aguantar como pudiera a que la muchacha acabara y se fuera.

Bessy Palmer revoloteaba nerviosa bajo la atenta mirada del señor. Parecía que todo lo que hacía le salía mal. Hizo un ruido con la mesita y se mordió el labio y se ruborizó. Un rizo se le escabulló de la cofia y le colgaba sobre la mejilla; se sentía desaliñada, sudorosa e indefensa, y temía que el señor volviera a enfadarse con ella en cualquier momento. No dejaba de mirarlo todo con temor, primero a él y luego al fuego de la chimenea. ¿Qué pasaría si se apagaba y tenía que volver a encenderlo con él allí observándola? Al final, consiguió desplegar la mesita y poner la bandeja encima, y con una mirada final a la chimenea, huyó de allí aliviada.

Cuando se quedó solo, el mayor Marwood se inclinó sobre el reposabrazos de su sillón y observó la bandeja con disgusto. Una tetera de loza barata, una taza y un platillo de porcelana fina, una bandeja decorativa de papel maché y cucharillas georgianas de plata. Dado que le habían llevado así la bandeja del té durante años, debería de haberse acostumbrado a semejantes incongruencias. Pero ese día lo veía todo con una mirada nueva. Ese día estaba haciendo balance. Por lo general, se dejaba llevar. Se dejaba llevar porque sabía que no había mucho que pudiera hacer para cambiar las cosas. Había quedado claro que Saunby era demasiado para él.

Pudo haberlo vendido cuando murió su padre. El lugar no estaba sujeto a mayorazgo, así que podía haberse librado de la propiedad en aquel momento y haberse quedado en el ejército, aferrándose a una profesión que conocía bien. Pero había heredado Saunby en una crisis psicológica de su vida.

Durante la guerra, mientras servía como capitán subalterno en su regimiento, fue destinado a uno de los batallones del Ejército de Kitchener⁴ y así ascendió a mayor comandante con carácter interino. Cuando terminó la guerra, se encontró de nuevo en su

⁴ El Ejército de Kitchener (Kitchener's Army, 1914) fue el nombre popular del enorme ejército de voluntarios que se formó en el Reino Unido al principio de la Primera Guerra Mundial; lo promovió lord Horatio Kitchener, ministro de la Guerra.

regimiento regular en el Curragh⁵ y, de nuevo, con el rango oficial de capitán que tenía al principio. Aquello lo enfureció; sobre todo porque, a pesar de distinguirse en su servicio durante la guerra, ni siquiera se le concedió el mando de una compañía. Su padre murió en aquella época. Francis Marwood presentó su renuncia y se retiró con su mujer y sus tres hijos a la vida civil y a Saunby. Se le permitió conservar el rango de mayor que había ostentado durante la guerra.

Cuando llegó a Saunby se vio sumido de pronto en un océano de problemas. Las finanzas de su padre resultaron ser caóticas y la propiedad, en sí misma, estaba afectada por innumerables hipotecas. Sin embargo, animado por la prosperidad de la posguerra y con la primera emoción de la herencia, Francis pensó que podía afrontar todos aquellos inconvenientes. Amuebló la estancia en la que se encontraba ahora, como si fuera su despacho, y se dispuso a dirigir la propiedad personalmente.

Por desgracia, no era un buen administrador. Sobrevaloró los ingresos e infravaloró los gastos, y al concluir los ejercicios anuales se veía incapaz de entender por qué las cosas no mejoraban. Estaba siempre en un estado de indignación permanente ante las exigencias del impuesto sobre la renta, los seguros, las reparaciones...

La prosperidad pasó y llegó la recesión. Se vio obligado a reducir los alquileres una y otra vez. Le daba la impresión de que todo estaba en su contra. Las tierras eran pobres, casi pura arena. Y no había carbón en el subsuelo. Se había encontrado carbón casi en todas partes, menos en sus tierras, y cada vez se veía más pobre entre unos vecinos cada vez más ricos. Lo único que deseaba constantemente era que se encontrara carbón en sus tierras o que una tía le dejara una herencia. Tenía que ocurrir algo, pensaba angustiado. Por Dios, ¡tenía que ocurrir algo!

⁵ El Curragh es una gran planicie en el condado de Kildare, Irlanda, que albergaba uno de los principales campamentos militares del Ejército británico.

Cuando el océano de problemas amenazaba ya con ahogarlo, vendió una granja. Cuando se vendía una granja, recibía una buena suma de dinero, pero se reducían los ingresos. Se aliviaban los apuros del momento pero a costa de afrontar dificultades aún peores en el futuro. No obstante, eran dificultades del futuro, y no había necesidad de afrontarlas aún. Y antes de que el tiempo las sacara a relucir, podría ocurrir algo que las disipara. Carbón. O una herencia. O algo.

Por lo demás, el mayor se consideraba a sí mismo un individuo ahorrativo en grado extremo. En sus cotos ya no había caza, en sus establos no había caballos, en sus invernaderos no había estufas, en los bosques no había guardabosques y los jardines subsistían casi sin jardineros. Había recortado los gastos del exterior prácticamente al mínimo. En lo único en lo que se gastaba dinero era en el críquet. El críquet podía costar algún dinero, pero con algo había que entretenerse.

En realidad, el críquet salía carísimo, y el mayor prefería no pensar demasiado en ello. Tenía su propio equipo. Organizaba un torneo de críquet todos los años en agosto, durante quince días; entonces acogía en su casa a un equipo especial de vacaciones y gastaba dinero a manos llenas para agasajarlos. Ofrecía almuerzos y meriendas a los equipos visitantes y convidaba a té a todos los espectadores. En Saunby era obligado que cualquiera que fuera a ver un partido pudiera entrar en la carpa a tomar el té. Pero en lo que más se gastaba el mayor —y siempre en nombre del críquet— era en la contratación de un exprofesional del deporte llamado Thompson. Le pagaba un salario todo el año, un sueldo que apenas se podía permitir, y ocultaba la cantidad como si fuera un vicio. Y dadas las circunstancias, lo era efectivamente. Pero no podía prescindir de Thompson, se decía. En invierno, Thompson ejercía de chófer, iba a recaudar los alquileres y asistía al mayor en términos generales. En verano, mantenía el terreno de juego y jugaba en el equipo del Priorato. Siempre estaba dispuesto a hacer

todo el trabajo más engorroso para que los partidos —y todo lo demás— salieran bien. El mayor no se ocupaba de esas minucias, como solía decir con frecuencia. Además, el mayor disfrutaba con la compañía de Thompson. En Saunby, en invierno, era su única compañía.

En verano, mientras se disputaba el torneo de críquet, el mayor estaba bastante contento. Pero en invierno tenía demasiado tiempo para pensar y pensar le deprimía. Y ese día estaba deprimido.

Ese día notó el peso de sus cincuenta años. Se sintió, no viejo, sino como si con el tiempo, tarde o temprano, terminaría siéndolo. Eso le sorprendió y le entristeció. En cierto sentido, nunca se le había pasado por la cabeza que la senectud pudiera alcanzarlo.

Se sirvió otra taza de té, se pensó si comer un poco de pastel, lo rechazó al final, y se recostó de nuevo con un suspiro.

A su espalda, en esa misma sala, estaba expuesto su pasado. Retratos de los regimientos en las paredes, fotografías de los equipos de críquet de la compañía, caricaturas a tinta de él y sus compañeros oficiales, sus medallas en una pequeña vitrina, la espada encima de la repisa de la chimenea, y en un escritorio, una fotografía de su esposa con el vestido de gala en palacio. Murió el primer año que se trasladaron a Saunby.

Junto a una pared, bajo unas polvorientas fundas de estilo japonés, había dos máquinas de escribir, en las que había invertido con entusiasmo cuando amuebló esa estancia para que fuera el despacho desde donde se administraría Saunby. Era muy propio de él comprar dos máquinas de escribir cuando una sola habría bastado. Incluso una era prescindible. Solo Thompson quitaba la funda de una de ellas alguna vez y tecleaba, con un solo dedo, un par de anuncios sobre los partidos de críquet.

El mayor suspiró. Las exigencias de los granjeros esa tarde le habían recordado que tenía una rueda de molino atada al cuello; una rueda de molino hermosa y noble, una rueda de molino que

le otorgaba una gran distinción, pero una rueda de molino al fin y al cabo.

Con frecuencia sentía cierto resentimiento hacia su hijo, pero no tenía más remedio que admitir, a día de hoy, que Guy había demostrado tener más sensatez que él mismo. Guy se había negado en redondo a ocuparse de Saunby. Guy, que también se había negado a entrar en el ejército, estaba ejerciendo la abogacía en Londres y le iba muy bien. Mostraba un deseo de tener éxito más apremiante del que, en opinión del mayor, debería dejar entrever un caballero. Con la excusa de que tenía mucho trabajo, rara vez iba por casa. Conociendo a su padre, Guy pensó que lo mejor era mantenerse al margen. Consideraba que la gestión económica de su padre era un disparate y no tenía ninguna intención de involucrarse. El mayor estaba dolido por la conducta de Guy. Siempre se sentía dolido y asombrado cuando se le pagaba con la misma moneda con la que él pagaba a los demás.

Cuando terminó el té, el mayor se levantó para buscar un cigarrillo en el escritorio. El escritorio estaba lleno de facturas. Deprimido, revisó algunas. Todas llevaban las mismas instancias: «Respetuosamente le rogamos preste atención...», «Tememos que haya pasado por alto esta factura...», «Le agradeceríamos que nos hiciera llegar el cheque...».

Las volvió a tirar en el escritorio y cerró la tapa. Eran todas facturas de la casa. Facturas acumuladas de Victoria. De todas las amas de casa inútiles e incompetentes, Victoria era la peor. Gastaba una inmensa cantidad de dinero, pero nadie se beneficiaba de ello. Mantenía a un numeroso equipo de criados que nunca hacían nada de provecho. Lo manejaba todo fatal. «Mira el embrollo que organiza en el torneo de críquet un año tras otro», dijo el mayor, hablando para sí mismo. El último año fue el peor de todos. Nadie podía darse un baño después de los partidos porque nunca había agua caliente. Las comidas eran espantosas. Jamás olvidaría aquel pudín frío de frutas que burbujeaba en la boca por la

fermentación; y aquellos pollos que rezumaban agua rosa cuando se trinchaban; y todas aquellas verduras aguadas. Lo peor de todo es que había descubierto, para su eterna vergüenza, que algunos invitados habían tenido que hacerse la cama por la noche antes de ponerse a dormir. Los criados simplemente andaban revoloteando por la casa como pollos sin cabeza y sin hacer nada.

Victoria no tenía remedio. No hacía nada por las niñas. Nunca había hecho nada. Gracias a Dios, las niñas eran buenas y no lo molestaban, pero el hecho cierto era que existían y que algo habría que hacer con ellas en algún momento. Alguien tendría que ocuparse de que se casaran, y él no veía que pudiera hacer nada al respecto.

Y luego, lo de la chimenea. Apagada. Ni más ni menos que otra prueba de la apabullante dejadez de Victoria. Lo de la chimenea era la gota que colmaba el vaso. Absolutamente, la gota que colmaba el vaso. No iba a aguantarlo más.

El mayor se estaba preparando para tomar una decisión. Culpaba a Victoria, se quejaba de las facturas, de Guy, de la chimenea apagada, de las exigencias de los Spencer y de Wilkinson, o del tiempo invernal, pero todo formaba parte de llegar a una resolución definitiva.

Y la resolución definitiva era que, por fin, iba a proponerle matrimonio a Anthea Sumpton. Iba a volver a casarse. Las cosas no podían seguir así. Los gastos domésticos tenían que recortarse. Había que vigilar a los criados. Había que ocuparse de las niñas. Alguien tenía que ocuparse de él. Y había que atender mejor a sus amigos e invitados. Anthea, estaba seguro, se encargaría de todo, porque estaba enamoradísima de él. Lo adoraba, en realidad. Estaba seguro: lo sabía.

En todos los sentidos era la mujer perfecta para un segundo matrimonio; juiciosa, abnegada y no muy joven. Debía de tener treinta y seis o treinta y siete años. Pero eso era fenomenal. Seguro que no querría empezar a tener hijos a esa edad y él tampoco

quería formar otra familia. Le llevaba demasiado tiempo mantener la que ya tenía. Además, tener niños, bebés, a su edad, sería una cosa ridícula. Ridícula. Se ponía enfermo y se atribulaba solo de pensarlo.

Se apresuró a pensar en algo más agradable. A Anthea le interesaba mucho el críquet; eso era otro punto a su favor. Fue en un partido donde se fijó en ella por primera vez y había estado presente en casi todos los partidos en los que él había participado después. Estaba seguro de que Anthea apreciaba la importancia de su torneo de críquet.

Y, además, puede que tuviera algo de dinero. Si fuera así, resultaría muy útil. Pero puede que no tuviera nada de nada, porque creía recordar que había oído en algún sitio que el viejo Sumpton vivía de una renta vitalicia. Aunque, la verdad, no importaba si tenía dinero o no; se casaría con ella con dinero o sin él. Era la esposa perfecta. En un segundo matrimonio uno tiene que pensar en la idoneidad, no en el amor.

Anthea era, si no atractiva, al menos presentable. Resultaba extraño que con su altura, su nariz tan aguileña y su robusta complexión, siguiera pareciendo una colegiala tímida y asustadiza. Él suponía que era porque no se había casado y seguramente ya creería que no tendría ocasión de hacerlo. Bueno, pensaba con benevolencia, él iba a cambiar su vida y no había manera de saber qué frutos daría cuando se convirtiera en una mujer casada.

Se levantó del sillón de repente. Lo había decidido, y ahora que ya lo había decidido, se sentía liberado de sus problemas. Lo invadió un torbellino de optimismo que borró del mapa todas sus inquietudes. Ahora todo iba a ser diferente. Todo iba a ser mucho mejor.

Se estiró todo lo largo que era, con su metro ochenta, y sonrió mirando su despacho. Tenía cincuenta años, pero era esbelto y elegante, y todos sus movimientos resultaban naturales y flexibles. Era tan apuesto a los cincuenta como aquel joven guapo de

veinte años, que sonreía en los retratos que colgaban de las paredes. En realidad, las leves entradas de su pelo canoso le conferían un aspecto de belleza intelectual que tal vez le faltaba a los veinte. Además, el tiempo había sido muy generoso al definir solo los delicados rasgos de su rostro. A menudo parecía que el mundo lo hubiera ofendido, pero cuando sonreía, su sonrisa le granjeaba el cariño de la gente.

Ahora estaba sonriendo. Iba a solucionarlo. Iría a Brockington de inmediato y le haría la proposición de matrimonio.

Avanzó a grandes zancadas hacia la puerta. Pero allí se detuvo. Y volvió lentamente hacia la chimenea. Se iba a sentir como un bobo, declarándose. ¿Y si lo rechazaba? Era muy improbable, pero uno nunca sabe con las mujeres. Sería un verdadero fastidio hacer todo ese camino, diez millas con el frío de la noche y en su coche viejo, hacer salir a Thompson también, y todo para que lo rechazara cuando llegara allí.

Se quedó plantado en medio de su despacho, dándole vueltas al sencillo anillo que llevaba en el meñique de su mano izquierda, debatiéndose entre dudas. Entonces se fijó en el teléfono que había al lado del sillón. Y tuvo una idea. Llamaría y tantearía el terreno. Eso ahorraría problemas y molestias a todas las personas involucradas.

Se sentó y buscó el número de los Sumpton en la guía telefónica. Luego descolgó el auricular y solicitó la conexión. Estiró las piernas y se puso cómodo, al calor de la chimenea, mientras esperaba. En el teléfono sonó un chasquido.

—¿Hola? —dijo.